

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



ROJO INTENSO

Carolina de las Heras

ROJO INTENSO



Primera edición: mayo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carolina de las Heras

ISBN: 978-84-128762-0-8

ISBN digital: 978-84-128762-1-5

Depósito legal: M-11995-2024ç

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

A Mario:

Por ti lucharé, por todo el cariño que has puesto conmigo
Por todo tu tiempo, por haber querido tenerme contigo
Y por tu calor, y por tanta magia, me quedo contigo
Y por tu calor, y por tu carisma, te llevo conmigo.

EL CANTO DEL LOCO, *Por ti*

*A mis hijos, Álvaro y Ana,
por ser el motor de mi vida.*

*A mis padres, Alejandro y Emi,
por vuestro amor incondicional.*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

Rojo, verde y mortal

Aunque de algún modo siempre formó parte del universo de la novela negra, es innegable que el *country noir* ha ido actualizando y ramificando su presencia dentro del género de modo evidente y silencioso a la vez, como crecen los bosques.

Alejar el foco crítico de las grandes ciudades y sus callejones sombríos, (quizás para destacar que también en los paisajes idílicos o polvorientos y remotos, se mata y se muere por lo mismo), es una tentación que ya se plasmó en numerosas obras desde principios del siglo pasado, como la propia etiqueta de sub-género, cuya autoría se adjudica al novelista estadounidense Daniel Woodrell, autor de *Give us a kiss* o *La muerte del pequeño Shug*, entre otras obras de gran repercusión.

Y acudiendo a títulos y autores todavía más difundidos en nuestro entorno, creo que dentro del mismo casillero y bien a la vista habría que colocar por ejemplo la despiadada *1.280 almas* de Jim Thompson.

Y así como la novela negra urbana —o novena negra a secas— se nutría y debería seguir nutriéndose de la brutalidad cotidiana que acecha en las calles y despachos, el *country*

noir bebe de arroyos que pueden parecer cristalinos por el día, pero a menudo se tiñen de sangre en un instante.

Y si las pasiones primarias que generan buena parte de los crímenes se ponen en evidencia sobre el asfalto, donde la sangre tarda más en secarse, la propia crónica roja cotidiana nos indica que en las zonas rurales, la beatitud de paisaje de postal puede saltar por los aires de un momento a otro, y los secretos y rencores guardados durante años afloran relucientes y afilados en el momento menos pensado, o a veces el más previsible.

Desde luego que esto no es patrimonio de las zonas rurales norteamericanas, ni muchísimo menos. No hace falta dar nombres para pensar en crímenes que han sido noticia en la España profunda, o en cualquiera de las comarcas alejadas de las grandes ciudades en todos los países de habla hispana. Por no hablar de los brutales acontecimientos que cada cierto tiempo nos sacuden en los telediarios desde los idílicos países nórdicos... Y podríamos seguir enumerando todo el planisferio, país por país, hasta llegar a la misma conclusión: puede que en la ciudad se mate más en número, pero en el campo se mata mejor.

Todo bien, pero...

Ya desde el título, *Rojo intenso* despierta una asociación inquietante entre el vino y la sangre, aunque se trate de una sangre escondida durante casi setenta años por la conveniencia, los miedos y el poder omnímodo, que ha cambiado en apariencia desde el franquismo, pero solo en apariencia.

En contraste con el verde de todas las tonalidades que la autora nos transmite de ese valle navarro en el que cada case-

río es una especie de Edén —y que por lo tanto puede ocultar su propia serpiente—, está la memoria polvorienta de los años grises, en los que cualquier abuso se resolvía por el método de mirar hacia el lado contrario.

A este escenario regresa Jorge Odriozola, periodista y novelista que acaba de cruzar la frontera de los cuarenta y en cuya vida todo parece marchar viento en popa: su última novela le está acercando al estrellato literario, a sus colaboraciones periodísticas nacionales en prensa y radio se suma ahora la agonizante pero todavía muy influyente televisión, y después de cinco años, su relación con la bella Claudia parece más que consolidada.

Pero detrás de esa apariencia, late el desapego de un hombre sin afectos, el chiquillo criado por su tía Rosario en el lejano caserío navarro, que añora esos paisajes pero solo retorna muy de cuando en cuando y de visita, el periodista que no quiere exponer su imagen en exceso para no tener que comprometer su opinión de una manera evidente, y el miembro de una pareja que no tiene ganas de seguir en ella y tampoco valor para marcharse.

Es en este punto de inflexión donde se cruza en la vida de Jorge la bella y misteriosa Ana Guevara, profesora de criminología, autora inédita de una excelente novela y ferviente admiradora de la obra de Odriozola. Al modo de las femme fatal más clásicas del género pero con una inteligencia y carácter alejados del estereotipo simplón, Ana revolucionará la tranquila vida de Jorge, o más bien provocará que él la revolucione.

Un verbo con trampa

Pero el hombre sin raíces deberá regresar a remover las suyas a causa de la muerte de su vieja tía Rosario. Y el pueblo de

Uzgorri, al que solo regresaba para fugaces vacaciones (y quizás también para exhibir sus logros ante los viejos amigos de la infancia) le obligará a participar en un misterio que comenzó hace casi setenta años. Auto-citarse es la costumbre más odiosa de un escritor, pero como dejé escrito en una novela, «volver es un verbo con trampa», y en de esa trampa, Jorge Odriozola no saldrá siendo el mismo de antes. Si es que sale.

Allí donde el pasado todavía respira, en ese caserío que el protagonista conoce de memoria, una carta oculta hace décadas cambiará todo lo que creía saber sobre el lugar en el que creció. Es posible que el joven médico Faustino Arteaga, marido de su tía Rosario y fallecido en un accidente de caza en 1956, fuera asesinado...

Con estos materiales, Carolina de las Heras teje un *country noir* hispano en el que no decae la intensidad de las bajas pasiones, en muchos casos ocultas tras los caseríos reconvertidos en chalets de diseño.

Nadie sabe o nadie quiere recordar, y sobre el pueblo de Uzgorri, se cierne la sombra alargada y filosa de la familia Arbizu, propietaria de bodegas de fama internacional y cuya verdadera fortuna comenzó durante los años del franquismo, especialmente en la década del cincuenta...

Con un conocimiento del entorno que transmite el amor por la zona y sus encantos naturales, pero al mismo tiempo el microcosmos rural de los años de posguerra, la autora teje sin prisa pero con puntadas sólidas un *country noir* en toda regla, en el que el paisaje idílico oculta oscuros secretos y el buen vino lo tiñe todo de un color rojo intenso, como la sangre.

CARLOS SALEM

1

FUCSIA

Estaba cansado. Llevaba ya casi dos horas sonriendo y hablando con los lectores que se habían acercado a la Feria del Libro a por un ejemplar de *La noche que no dormimos*, su última novela.

Hacía demasiado calor para comienzos de junio. Tanto que hasta Claudia se había marchado. Volvió a preguntarse por qué se empeñaba en acompañarlo a todas las citas. Siempre cerca, sin perder un detalle ni la sonrisa, por eso le extrañó que se marchara antes de terminar el horario de firmas. Se sintió aliviado y culpable.

La chica destacaba en la fila de lectores. Era guapa, «aunque nada extraordinario», pensó Jorge: melena castaña, ojos de esos que las malas novelas definen como «almendrados», boca pequeña y carnosa, pecho abundante empujando bajo la blusa fucsia.

Quizás fue todo eso lo que llamó su atención, pero sobre todo la sonrisa.

Cuando llegó su turno, Jorge se incorporó para darle la mano, como hacía con todos. Ella se la estrechó, algo cohibida. Cuando empezó a hablar, le sonó como si hubiera ensayado cada palabra.

—Me acompañas al trabajo todas las mañanas —sonrió otra vez—. En la radio del coche.

—¿Sí? —Jorge bromeó sin saber por qué—. Soy el de los atascos, entonces.

—Sí, pero, escuchándote, se llevan mejor. Y me haces reír.

—¿Te ríes de mí?

—No, claro que no. Me río contigo.

No era la primera vez que una lectora tonteaba con él, pero la vigilancia de Claudia las espantaba enseguida. Jorge tomó el ejemplar que ella le tendía y le preguntó su nombre.

—Ana.

Él ya había dedicado libros a más de veinte Anas esa tarde, pero ella le pareció especial. Decidió que en su mente sería «la chica de la blusa fucsia». Pensó hacerle una dedicatoria exclusiva.

—Yo también soy escritora. Bueno, si se me puede llamar así... Acabo de terminar mi primera novela.

—¿De verdad? ¿Y de qué va?

—De mujeres valientes.

—Suena interesante. Espero que tengas suerte. En este mundillo, se necesita.

Se oyó un murmullo de lectores impacientes detrás de Ana. Ella le regaló otra sonrisa, susurró «gracias» y desapareció.

Jorge le dio la mano al siguiente lector, le dedicó su ejemplar y posó para un *selfie*, intentando que su sonrisa fuera convincente.

Ya era de noche en Madrid cuando se despidió del librero y salió de la caseta. Una noche clara, sin nubes, con la luna bañando el parque. Caminó lentamente por el Retiro, arras-

trando los pies. Los visitantes rezagados buscaban una de las salidas del parque. En su cabeza rondaba la idea de una cerveza bien fría.

—Jorge...

Reconoció la voz antes de volverse: la chica de la blusa fucsia.

—Jorge —repitió—. Disculpa, ¿tienes un minuto?

—Claro —la sonrisa de ella le dio más sed.

—He estado en la caseta esta tarde. La que te escucha en los atascos, ¿recuerdas?

Sostenía una gruesa carpeta azul. Era inevitable: le daría su novela.

—Sí, claro, la escritora de mujeres valientes...

—La misma. Yo... no quiero abusar de tu cortesía, pero quería pedirte que la leas y me des tu opinión —dijo, casi sin respirar, mientras le daba la carpeta.

Jorge la cogió y calculó, por el peso, que le tocaría leer unas trescientas páginas o más. Pero esa sonrisa lo valía.

—Por supuesto. Aunque tardaré un poco. La feria, ya sabes...

—Lo sé. No importa. Te he apuntado mi móvil en la carpeta.

—Ah, perfecto.

—Siento el asalto, pero tú también escribiste alguna vez tu primera novela y sé que me entenderás.

—Si eres la mitad de intensa que yo en mis comienzos, lo mejor será leerla cuanto antes. Muchos de mis colegas, en aquellos días, salían huyendo en cuanto me veían llegar.

Ambos rieron. Ella se puso seria de repente.

—Bueno, tú eres un profesional, seguro que cobras por estas cosas...

—No lo estropees, ibas muy bien...

—No lo haré. Y me voy, antes de que te arrepientas.

Dio algunos pasos de espaldas y antes de darse la vuelta, le susurró un «gracias» emocionado.

Jorge se quedó allí, plantado como un árbol más del parque, observando cómo se la comía la oscuridad.

Retomó el camino pensativo y dando un rodeo. Se resistía a meterse en casa tan pronto, pero tampoco podía demorarse demasiado: Claudia.

Llegó a su portal, en una calle estrecha, frente al Retiro, un escueto segundo exterior. Al girar la llave de su puerta, ya había olvidado a la chica, su sonrisa, su novela y el acalorado día en la feria.

Dejó la carpeta sobre la mesa de la entrada y tiró las llaves encima.

Claudia estaba a oscuras, recostada en el sillón, con la tele encendida. Al oírlo entrar, bajó el volumen.

—¿Qué tal, amor? ¿Cómo ha ido? Creí que acabarías antes. Él suspiró, se quitó las zapatillas y se sentó a su lado.

—Sí, es que he ido a dar un paseo.

—Ah... ¿Algún problema?

—No, solo quería pasear, hace una noche estupenda.

—¿Vinieron más lectores después de que me fuera? ¿Firmaste mucho?

—Bastante, no sé cuántos, sabes que esas cosas me aburren.

—Ya, pues vives de «esas cosas».

Claudia ya era así cuando la conoció hacía cinco años. Solo que entonces no le molestaba.

Ella también suspiró. Se levantó lentamente y encendió la luz de la cocina, que iluminó el salón. Ambas estancias formaban un solo espacio. Cuando lo alquilaron les pareció perfecto. Ahora, a Jorge se le hacía asfixiante y sabía que a Claudia también. A menudo encontraba abierta en su por-

tátil alguna página de búsqueda de pisos que ella «había olvidado» cerrar.

Solo que él necesitaba más espacio para sí mismo y ella lo buscaba para ampliar la pareja.

Aunque no lo dijera, él sabía que Claudia quería ser madre. ¿Cuándo habían dejado de hablar las cosas?

—¿Te vienes a dormir? —preguntó ella, ya en el pasillo.

—Sí, ahora voy, ve yendo tú...

Claudia apagó la luz y marchó hacia el dormitorio con pasos suaves, como si pudiera pisar algo demasiado frágil.

Jorge apagó la tele y se quedó en el sillón. Tenía que madrugar al día siguiente: entraba en directo en la radio. Menos mal que ya había escrito el texto de su espacio, «más bien micro espacio», de tres minutos.

Se dijo, una vez más, que no podía quejarse: en los últimos dos años, su colaboración en la radio y su columna en el periódico le habían dado la solvencia económica y el tiempo libre suficiente para escribir *La noche que no dormimos*. Así que no había sido mal negocio.

Demoró un poco más el momento de irse a la cama. Tocaba madrugar, pero él nunca fue un hombre de rutinas.

Cierto que desde que Claudia llegó a su vida, trajo con ella una estabilidad que, más que molestarlo, lo sorprendía.

Pero lo de tener hijos era ya otra historia. A sus cuarenta y tres años, no estaba seguro de querer tener hijos. Al menos, no de momento.

Claudia, pese a ser más joven, sí.

O eso parecía, porque no hablaban de ello.

Como con otras cosas importantes, iban dejando la conversación para otro momento.

Salió al balcón.

La calle estaba vacía, aunque se oía el murmullo de conversaciones desde las terrazas de los bares cercanos. A su derecha, las copas de los árboles del Retiro y el trasiego de coches por la calle Alcalá. Se fumó un cigarro lentamente.

Y sin saber por qué, le vino a la cabeza la chica de la blusa fucsia y la sonrisa deslumbrante:

Ana.

2

MEDIAS MENTIRAS

—¡Es una gran oportunidad, Jorge! —exclamó la directora del periódico, mientras tomaban café en su despacho.

Acababan de proponerle colaborar en dos programas de información de una de las cadenas de televisión del grupo al que pertenecían la radio y el periódico. Era un paso importante para su carrera. Pero Jorge, reacio a cumplir horarios, dudaba.

Ella no podía creerlo.

—Sofía, estaría loco si lo rechazara, pero hay algo que me preocupa...

—Sí: que te van a criticar más en las redes y cualquier cosa que digas será manipulada, que te pararán por la calle cuando salgas con Claudia... ¡Pero tú debes estar por encima de eso!

Jorge sonrió, a su pesar. Le inquietaba el reto. La rutina de su vida comenzaba a asfixiarlo y el nuevo proyecto era un desafío.

—Sé que has tenido mucho que ver en esto, Sofi. Y te lo agradezco.

—No me lo agradezcas tanto y vete a ver al gran jefe. ¡Y dile de mi parte que ni se le ocurra proponerte que dejes tu columna del periódico, soy capaz de todo!

Esa tarde llegó antes a casa. Quería darle la noticia a Claudia en persona, pero ella aún no había llegado.

Era asesora de marketing e imagen para una marca de cosméticos alemana. Se habían conocido a causa de su trabajo y de la casualidad, en la fiesta de una revista de moda a la que Jorge asistió por error. No solía acudir a ese tipo de eventos. Por eso Claudia siempre decía que estaban destinados a encontrarse: no compartían amigos ni frecuentaban los mismos ambientes, pero esa noche coincidieron allí.

Jorge procuraba no corregirla, aunque para él todo había sido más sencillo: era la mujer más guapa de la reunión y no podía dejarla escapar. Se sabía atractivo para las mujeres: el pelo castaño oscuro, casi negro, le caía ligeramente sobre los hombros y por momentos le cubría el rostro, dándole un aspecto bohemio y juvenil que su barba, salpicada por las primeras canas, más que desmentir, acentuaba. Sus ojos, pequeños y oscuros, hacían sentir a la mujer con la que hablaba que tenía toda su atención. Y así era, al menos mientras duraba el flirteo. Disfrutaba del juego, pero pocas veces iba más allá. Las relaciones amorosas eran complicadas y él huía de las complicaciones.

Aunque con Claudia no huyó a tiempo.

Después de aquella fiesta volvieron a verse varias veces.

Claudia se enamoró muy pronto y él, pese a creerse incapacitado para la vida en pareja, se enamoró también.

Y ahí estaba, en la casa que compartían, con un montón de preguntas postergadas y la novedad insuficiente de un nuevo trabajo para demorarlas un poco más.

Le dio tiempo a tomarse una cerveza antes de que ella llegara, acalorada, de la calle.

—Holaaaaa —sonrió sorprendida—. ¿Cómo estás aquí tan pronto?

—He venido antes porque...

—¡Pufff, qué calor! Me han puesto una reunión después de comer... Menos mal que el lunes empezamos con la jornada reducida... —se sentó a su lado, se quitó las sandalias, le cogió la cerveza de las manos y dio un largo trago—. ¿Y tú? ¿Cómo estás aquí tan pronto?

La miró un segundo, intentando prever su reacción.

—¿Jorge? ¿Qué pasa?

—Tengo noticias, Claudia. Y creo que son buenas.

Le contó con detalle la oferta económica, los programas en los que intervendría, los colaboradores con los que compartiría pantalla.

Ella lo abrazó, contenta, pero lo conocía lo suficiente como para saber que algo chirriaba en la cabeza de Jorge.

—Cuéntame la parte mala.

—¿Qué parte mala? Es una gran oportunidad. Aunque probablemente no voy a parar, pero sabes que eso me gusta.

—Conozco esa mirada. Hay una parte que no te convence.

—Es que... Me voy a comprometer por mucho tiempo.

—¿Y qué hay de malo? Es más estabilidad de la que tienes ahora.

—Sabes que me molestan las rutinas. Con la radio ya voy ahogado.

—Es lo de siempre, Jorge, ¿por qué no puedes madurar de una vez? En algún momento tendrás que pensar en algo más allá que mañana. No podemos seguir viviendo el día a día.

—¿Por qué no? Tenemos lo suficiente, no necesitamos nada más.

—No hables en plural. Yo sí necesito algo más.

—Define «algo más».

—Es la oportunidad para tener una casa de verdad y formar una familia.

—¿Hablas de hijos, Claudia?

—Sí, claro, me gustaría tener hijos, y tenerlos contigo.

Jorge sintió una náusea. Ahora tenía que decirle que no.

—¿Y qué ocurre si yo no quiero?

—¿No quieres tener hijos o no quieres tenerlos conmigo?

—Solo sé que en este momento no deseo ser padre. Tampoco puedo decirte si querré algún día, no lo sé.

Claudia lo miró en silencio, y Jorge creyó escuchar el tic-tac de una cuenta atrás.

—¿Por qué nunca me has dicho nada?

—Tú tampoco dijiste que estuviera en tus planes. No seas injusta.

—Ya, pero tengo derecho a cambiar de opinión, ¿no?

—Si no hemos sabido comunicarnos, no ha sido solo cosa mía, ¿vale?

Ella se levantó bruscamente del sillón y fue hacia la ventana. Las lágrimas llenaban sus ojos y Jorge se sintió culpable.

Estiró una mano para tocar la suya, pero ella se apartó.

—Voy a dormir a casa de Bea, tengo que pensar y aquí, no podré.

—Lo entiendo. Pero tendremos que terminar esta conversación.

—Pues ahora no tengo ganas. No me esperaba que fueras tan rotundo y tengo que pensar en ello, Jorge.

«Menos mal que soy un cobarde y no he soltado todo lo que pienso», se dijo él.

Claudia fue al dormitorio y salió minutos después con una mochila.

Se marchó sin despedirse. Él tampoco se movió del sillón.

No lo había planeado, pero se alegraba de que por fin hubieran hablado del asunto. En los últimos meses el piso parecía una bomba de relojería.

Se quedó pensativo, observando el desorden del salón. Debajo de la tele, entre periódicos y revistas, asomaba la gruesa carpeta azul con el manuscrito de la chica de la blusa fucsia.

Alargó el brazo y la cogió. Leyó el título: *La princesa púrpura*.

En una esquina, escritos con cierta precipitación, los nueve números de su teléfono, con formas redondeadas y suaves, como el rostro que recordaba.

Empezó a leer.

